

la «serie B» después de una larga etapa de trabajo en las salas de montaje de la Warner, su cine ha sido siempre un cine de impacto inmediato, de consumo directo. Un cine de violencia, de personajes con la agresividad a flor de piel, situados en un medio no sólo favorable, sino condicionante de este tipo de reacción. De los films de Siegel proyectados en España, aparte el ya citado «Código del hampa» y un híbrido «Aventura para dos» rodado en gran parte en España y con Carmen Sevilla como protagonista, vale la pena de recordar «Estrella del destino», un western pro-indio interpretado por... Elvis Presley.

Ahora acaba de estrenarse «Brigada homicida», que si no es el mejor Siegel ofrece los suficientes motivos de in-



TEATRO

La vuelta de los cómicos

Lo he oído comentar a varias personas. Las tres compañías subvencionadas, que realizan las campañas programadas por el Estado, están alcanzando excelentes recaudaciones. Capitales de provincia, cabezas de partido, lugares totalmente olvidados por el teatro español, han respondido magníficamente a la cita de esas compañías. Algunos se han preguntado: ¿por qué, visto ese interés, no hay compañías privadas dispuestas, como antes de la guerra, a desarrollar sus jiras por el país? Las campañas subvencionadas han reverdecido, por un momento, la vieja imagen teatral española de los cómicos marchando de una a otra ciudad y llenando los teatros.

Esta asistencia de público permite sentar un principio: que el teatro es una «necesidad» más o menos latente, que al hombre le gusta ver la representación del hombre. La domesticación de esta representación, la tendencia a la mentira entretenida o al trivial culturismo, no contradicen esto que digo; simplemente, revelan la incapacidad de una sociedad para enfrentarse con su realidad y, por lo tanto, con su evolución. Más importante es el tema de la extracción social del público, su mayor o menor representatividad del todo social, porque de representar, como suele ocurrir, a una sola clase, la domesticación del teatro se inscribe ya en los particulares intereses de un sector.

Los títulos presentados han sido, casi siempre, solemnes. Responden más a un criterio pedagógico que a un propósito socialmente renovador. Quiero decir que no tienden a dar imágenes conflictivas de nuestro presente, sino imágenes cultas del pasado. El espectador es convocado a una especie de academia teatral ambulante; los primeros actores son, antes que otros hombres iguales al espectador y encargados de representarlo, los mitos de la televisión o de las páginas teatrales de esos diarios madrileños que llegan a la ciudad con un día de retraso.

terés como para no ser pasado por alto. Tiene, evidentemente, ese tufillo de todos los films que tienen como protagonistas a bravos o menos bravos agentes del cuerpo de policía. Pero, con todo, y aunque en último término la moraleja haga pensar en el molesto «De aquí a la eternidad», el planteamiento de las relaciones entre los personajes, el retrato de unos hombres que generalmente no han sido presentados en la pantalla más que bajo el prisma del heroísmo es insólito en este tipo de films, y «Brigada homicida» está mucho más cerca, en el aspecto moral, del espléndido «La ciudad desnuda» que del discutible «Brigada 21». En cualquier caso, lo que interesa en primer término no es lo que Siegel cuenta desde la pantalla, sino la fuerza con que lo cuenta. Desde las primeras imágenes —al margen, naturalmente, del grotesco corte que por un momento logra hacer incomprensible la acción, hasta que, por vía explicativa, los personajes se refieren a lo que ha ocurrido en la versión completa— creemos en lo que estamos viendo, en los ambientes que se nos presentan. Las calles de Nueva York rara vez —desde la gran época del «verismo» de la escuela de Mark Hellinger— han estado tan expresiva, tan vivamente retratadas. Y los actores —Widmark, Fonda, Guardino, McIntire— tienen esa «presencia» que, incluso ellos mismos, están a punto de perder los intérpretes de hoy y que ha sido, a lo largo de su historia, uno de los mayores tesoros del cine americano. De un cine americano que, con sus virtudes y sus defectos, con sus limitaciones —o imposiciones— ideológicas, sigue dando, con hombres como Siegel, ese desconocido, muestras de su vitalidad.

■ C. S. F.

Durante los años de centralización teatral, cada vez han sido más raras las visitas de compañías importantes. Poco a poco, el viejo lugar del teatro ha sido ocupado por el cine o por otras costumbres sociales. A lo más, de tarde en tarde, llegaba la compañía de nombres oscuros representando algún gran éxito madrileño. Un éxito, claro está, fácil, con chistes verdes, reparto corto, decorado único y ese tresillo que pone el teatro cada vez que viene una compañía.

Sólo los Festivales traían el teatro. Pero eran dos o tres días, al aire libre, con obligado predominio de los espectáculos no dramáticos. Ahora, en cambio, se trata de representaciones en teatros cerrados —aptos para la vieja ceremonia de clase—, liberadas de micrófonos e improvisaciones. Es un teatro que, al menos sobre el papel, debe estar por encima de la tónica media del teatro privado madrileño. Supongo que para el espectador de muchos lugares debe ser algo así como un eco de los teatros nacionales.

Y el público ha respondido. Un público que no puede ser totalmente el público de siempre, porque hace años que en muchas de las ciudades afectadas por la campaña no existe público teatral alguno. Es un público que se ha formado un tanto ocasionalmente; la televisión es el medio publicitario aglutinante, lo que permite pensar que entre los espectadores no habrá dejado de estar presente esa muchacha o muchacho que pasan muchas horas frente al televisor.

Es, en definitiva, un fenómeno importante. Y que prueba que todo el movimiento desencadenado por el nuevo equipo oficialmente encargado del espectáculo ha encontrado una respuesta inmediata. Es también la prueba de que el teatro es una necesidad humana que debe ser viable, desde esos escalones pedagógicos y ocasionales que ahora se subvencionan hasta otros estables y adultos alimentados por las propias ciudades.

■ J. M.

